

Confesiones de un pirata

Gene Wolfe

Traducción de Almudena Romay Cousido



Este libro está dedicado a
sir Henry Morgan, William Dampier,
Alexander O. Exquemelin, Calico Jack Rackam
Anne Bonney y Mary Read;
y, sobre todo, el agradecido autor
se lo dedica a Bekah Rohrig.

Todo hombre normal debe estar tentado, a veces, a escupir en las manos, izar la bandera negra y empezar a cortar cuellos.

—H. L. Mencken



Prólogo

Normalmente no escuchamos confesiones, pero el sábado pasado escuché varias con una cita especial. Esta noche un hombre vino a mi rectoría a preguntarme si recordaba la suya. Le dije que no.

—Entonces, probablemente, también ha olvidado qué me dijo después de oír mi confesión.

Negué con la cabeza.

—Lo recuerdo perfectamente. Le dije que yo mismo era un asesino.

Pareció asombrarse un poco y lo invité a sentarse.

—El ama de llaves se ha ido a casa —añadí—, pero le puedo hacer un té o un café instantáneo.

Señalé mi vaso.

—Es agua con hielo, algo de lo que nunca me cansaré. Tenemos mucha, también.

—Le conté qué hice —dijo él.

Asentí.

—Sé que debió de hacerlo. Le aconsejo que no lo repita.

—No lo haré. Ni siquiera quiero hacerlo. ¡Me hizo tanto bien! Estaré en deuda con usted mientras viva.

Por supuesto, le dije que era muy amable y le pregunté, educadamente, qué quería.

—Quiero saber qué hizo usted.

Suspiró, y a continuación sonrió de oreja a oreja.

—No tiene por qué contármelo. Lo sé. No me debe nada. Pero...

—La confesión es buena para el alma.

—Así es, padre. Así es. Además, tengo muchísimas ganas de saberlo. No se lo diré a nadie y de todas formas nadie me creería si lo hiciera. ¿Lo hará? ¿Como un favor?

—Por mi bien —dije.

—Y por el mío también. Creo que esto me podría ayudar.

—Y además usted me lo contó, aunque lo haya olvidado. No le voy a preguntar si va a olvidar esto. Sé la respuesta.

Lo más inteligente era esperar, y eso fue lo que hizo.

—Estaba en un barco. Un hombre me había insultado, y no dejaba de amenazarme con hacerme muchísimo daño.

Mi visitante asintió.

—Nos habíamos peleado con otra gente, él y yo estábamos en el mismo bando. Había muchísimos hombres en los dos bandos. Cincuenta o así. Y una mujer en el nuestro, casi me olvido de ella. Este hombre tenía un martillo que colgaba de su cinto de tal forma que podía sacarlo con la mano derecha. Lo había estado usando como arma.

—Lo siento muchísimo, padre. No debería haber preguntado.

—No pasa nada.

Ahora el que suspiró fui yo.

—Esto es solo un ejemplo. Hay muchos más, me temo, que dependen exclusivamente de cómo Dios juzgue estas cosas.

Di un sorbo a mi agua mientras me calmaba.

—El hombre del que le hablo, el hombre que me insultó, vino a darme la mano cuando terminó la pelea. Yo había estado usando como arma una barra de roble con la punta de hierro. Era así de grande.

Se lo mostré de la misma forma que un pescador muestra la longitud de un pez, y mi visitante asintió.

—Tenía un metro de largo. Puede que metro y medio. Más o menos. Habría sido pesada incluso sin la punta de hierro, pero el hierro llevaba el peso hacia la punta. ¿Sabe lo que quiero decir?

—Él quería estrecharle la mano —dijo mi visitante.

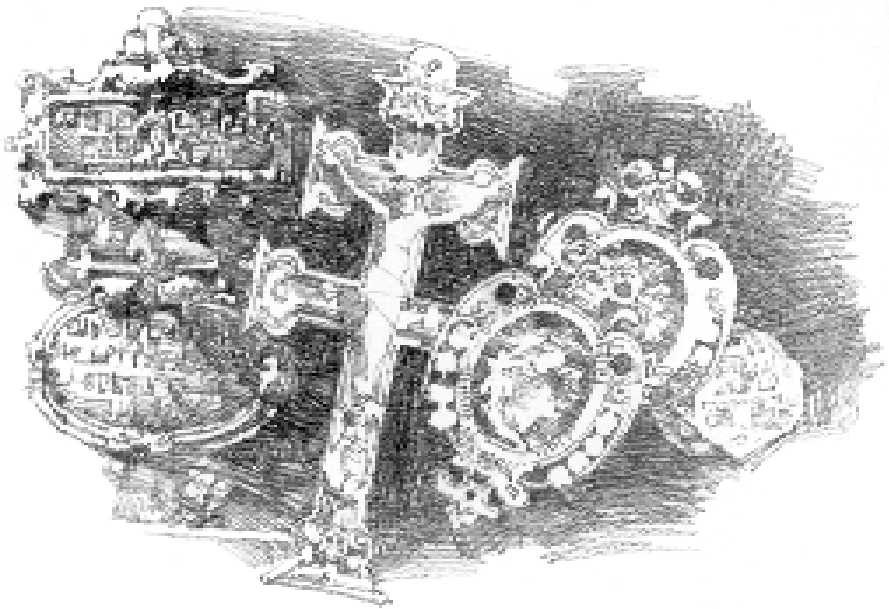
—Sí. Sí, lo hizo. Todo el mundo me daba la mano, y él también quiso hacerlo. Se la di de tal manera que no pudiera coger su martillo, y con la mano izquierda hice oscilar por encima de mi cabeza la barra en la que me había estado apoyando.

—Ya veo...

—Cuando yacía inconsciente en la cubierta, lo golpeé de nuevo, más fuerte, balanceando el espeque con las dos manos. Nunca he sabido a ciencia cierta por qué lo hice, pero lo hice. Un amigo mío lo cogió por los pies y yo por los hombros. Recuerdo que su cabeza estaba destrozada. Juntos lo tiramos al mar por la borda.

Mi visitante quiso hacerme muchas preguntas, pero apenas contesté a ninguna. Le dije una y otra vez que las respuestas eran demasiado complicadas de explicar, a no ser que nos quedáramos despiertos toda la noche. No le dije (aunque podía haberlo hecho) que no me habría creído. Finalmente, le prometí que lo escribiría todo y se lo enviaría por correo cuando ya no pudiera hacer más daño.

Ahora voy a dar un largo paseo y a pensar. Cuando vuelva a la rectoría, empezaré a escribir.



1

El monasterio

A veces tengo la impresión de que paso la mayor parte del tiempo intentando explicar cosas a gente que no quiere entenderlas. Esta puede que sea una de esas veces. Tenía las tardes libres después de cerrar el centro juvenil. Quizá debería haber escrito cuando no tenía tanto tiempo. Leo siempre que puedo sobre las vidas de hombres y mujeres buenos y decentes que buscaban a Dios y lo encontraron.

No soy así: o nunca he perdido a Dios, o nunca lo he buscado. Cuando lea esto, podrá decir cuál de las dos opciones es la correcta. Ya me he confesado muchas veces, pero creo que alguien tiene que contar mi historia. No es que quiera escribir mi autobiografía, simplemente soy el único que sabe lo que pasó.

Tenía diez años, creo, cuando mi padre y yo nos mudamos a Cuba. Los comunistas habían perdido poder y mi padre iba a abrir un casino en La Habana. Unos monjes habían reabierto un monasterio a las afueras de la ciudad e intentaban convertirlo en un internado. Después de unos años, mi padre me inscribió. Creo que debió de entregar al monasterio unos cincuen-

ta mil, porque el tiempo que estuve allí no oí mencionar nada sobre pagos. Al menos, nada que yo recuerde.

Un año parece toda una vida a esa edad, así que pasaron tres o quizá cuatro vidas antes de pasar de ser un estudiante a ser un novicio en la orden. Pensará que recordaría algo así mejor de lo que lo hago. Todo lo que recuerdo es que el maestro de novicios nos llamó a todos un día y nos explicó que el abad ya no quería seguir con la escuela. Los padres que no querían que sus hijos entraran en la orden vinieron y se los llevaron a casa.

La mayoría de mis amigos se fueron después de eso. Mi padre no vino, así que me convertí en novicio.

Me he dado cuenta de que me he adelantado, me pasa siempre que intento hablar en público. Antes debería contarle que hasta ese momento había vuelto a casa en vacaciones. No en todas, sino en algunas, como en Navidad y durante ocho semanas en verano todos los veranos hasta entonces.

Después de eso, mi padre nunca volvió a por mí. Se lo dije a mi confesor, quien me explicó que ser novicio era diferente. Mi padre ya no podía venir más. Podría haberme escrito cartas, pero nunca lo hizo.

Todavía era como ir al colegio. Ayudaba al hermano Ignacio a arrear los cerdos y a escardar el jardín, y había novenas y misa y vísperas y todo eso. Pero siempre habíamos hecho esas cosas. Todavía teníamos clases y notas y todo lo demás. Ahora sé que las asignaturas que estudiábamos eran las que los monjes podían enseñar, pero sabían mucho y la educación era bastante buena. La mayoría de ellos eran de México y la mayoría de los chicos, de Cuba, así que hablábamos español en el monasterio. El español de los chicos era un poco diferente, pero no mucho. Al principio, la misa era en español, y más adelante, en latín.

En su mayoría, lo que aprendí fueron idiomas. Nos los enseñaban de dos en dos: español y latín durante un año, francés e inglés al año siguiente, y luego español y latín de nuevo durante otro año. Así fue. Ya sabía un poco de italiano por mi padre y sus amigos, inglés era lo que hablábamos en el colegio de Estados Unidos y había aprendido bastante español cuando vivíamos en La Habana antes de entrar en el monasterio. Así que no lo hice nada mal. No era el mejor en idiomas, pero ni por asomo era el peor de la clase.

Además de idiomas, nos enseñaban mucha teología, como es lógico, y liturgia, estudios bíblicos y demás. Supongo que creíamos que al final seríamos todos curas, y quizá los monjes también lo creyeran, o al menos algunos de ellos.

Dábamos biología cada año. Lo llamábamos biología, pero la mayor parte era sobre sexo. Si nos convertíamos en curas, además de en monjes, tendríamos que oír confesiones. Algunas de ellas serían confesiones de otros monjes, pero dos o tres de nuestros curas iban a La Habana casi todos los viernes y sábados a ayudar en varias parroquias, y una de las cosas que hacían era oír las confesiones de los civiles. No solo hombres, sino también mujeres. Solía soñar despierto con una mujer hermosa que entraba en el confesionario y decía: «Sé que está mal desear a un cura, padre, pero no lo puedo evitar. Es el padre Chris. Cada vez que lo veo, quiero arrancarme la ropa». Una vez se lo conté a mi confesor, pero lo único que hizo fue reírse. No me gustó, y ahora me gusta todavía menos. Ruego a Dios que me parta en dos si alguna vez yo le hago eso a alguien.

Aprendíamos sobre todas las perversiones, o al menos aquellas que nuestro profesor conocía, que eran muchas. Algunas eran bastante divertidas, pero otras eran horribles. Hablaban mucho de la homosexualidad, lo mala que era y cómo debíamos amar al pecador y no al pecado. Esa fue una de las razones por las que dejé el monasterio, pero hablaré de eso pronto.

Las matemáticas eran mi asignatura favorita. Teníamos aritmética, álgebra, trigonometría y geometría, la plana y la espacial. La mayoría de los chicos se quejaban de las matemáticas, pero a mí me encantaban. Enseguida entendí lo que fray Luis estaba haciendo en los exámenes. Asignaba ciertos problemas del libro para hacer de tarea. Los problemas que no había mandado eran los que salían en los exámenes. Yo caí en la cuenta y hacía todos los problemas. Saqué varios sobresalientes en los exámenes y casi nunca sacaba menos de notable alto. Fray Luis solía presumir de mí cuando yo no estaba delante. Me lo dijeron dos o tres de los monjes. Nunca podré agradecerle a fray Luis que me enseñara matemáticas, especialmente geometría y trigonometría. Sé que está en el cielo.

Esas eran nuestras principales asignaturas, pero fray Patrizio tenía un telescopio y nos solía mostrar todas las estrellas, y contarnos cosas sobre ellas y sobre como podías ver la Cruz del Sur una vez que pasabas el ecuador. Era de Argentina, y debía de echar de menos las estrellas con las que creció. Así que en realidad no estudiamos astronomía (nadie pensaba que tendríamos que saber algo sobre ella), pero las estrellas me parecieron hermosas e interesantes, y aprendí mucho con él.

También teníamos música. Me gustaba muchísimo, pero no entendía lo que estudiábamos en la asignatura y siempre quería tocar más rápido de lo que debía.

Después de un tiempo, casi todos los chicos mayores se habían ido, habían llegado unos cuantos nuevos y nadie llevaba ya relojes de

pulsera. (Me di cuenta de ello.) La misa era en latín en vez de en español y todo el mundo parecía más calmado. Fray Patrizio había muerto, o se había ido, o algo así. Echaba de menos a los antiguos alumnos y a algunos de los antiguos profesores. Pero, básicamente, me gustaba más.

Un día, el maestro de novicios entró en clase de música y me llevó a la abadía. Había oído sus homilías dos o tres veces, pero no estoy seguro de si había hablado con él hasta entonces. En los días de fiestas nosotros nos poníamos en una punta de la mesa y el abad en la otra, así que nunca hablábamos. Hubo al menos dos abades mientras estuve allí. Quizá tres. Recordé que mi padre me decía que los abades te desmoralizaban, y yo estaba seguro de que este no me iba a gustar y de que iba a cambiar mi destino.

Y de alguna manera así fue. Me cayó bien, y una vez que terminamos de hablar ya me caía aun mejor. Para entonces ya sabía que le había hecho daño, y me sentí mal.

Era mucho más bajo que yo y bastante mayor. Recuerdo las líneas de su cara y la timidez de sus ojos. Ahora creo que debía de haber sabido desde el principio que tenía la intención de mentirle. (A veces me pregunto que pensó de mí, ese niño gringo flacucho que estaba sentado ahí dispuesto a mentirle. Otras veces me alegro de no saberlo.)

Me dijo que ya era el momento de que mi noviciado se terminara, que tenía que decidir si iba a tomar los votos en Pascua. Me habló un poco de su vida fuera del monasterio. Su padre había sido zapatero y le había enseñado el oficio. Luego habló largo y tendido sobre su vida de monje, sobre cómo solía arreglar sandalias para otros monjes y todo lo que el monasterio significaba para él. Habló de Dios y de consagrar la vida a Él. También me hizo muchas preguntas. Qué significaba el monasterio para mí y cómo había sido mi vida fuera.

Cuando me preguntó qué había decidido, yo ya lo había pensado bien; aunque quizá no fue pensar realmente, sino lo que los niños llaman pensar. Le dije que todavía no estaba preparado para tomar los votos, que quería ir a casa y ver a mi padre y tener la oportunidad de aclarar las cosas con él y conmigo mismo.

El abad suspiró, pero no creo que le sorprendiera. Dijo:

—Te entiendo. ¿Me prometes una cosa, Crisóforo? —Hablamos en español, pero no recuerdo exactamente las palabras que usamos.

Yo le dije que dependería de la promesa.

—Es una nimiedad, Christopher, pero hará feliz a este anciano.

Le dije que lo intentaría. Para entonces ya estaba bastante seguro de que tenía que ver con el sexo. Probablemente, tendría que mantenerme alejado de las mujeres.

Se sentó allí estudiándome durante un minuto o dos. Su mirada amable pudo haber sido dura una vez, pero había dejado de serlo.

—Me gustaría que me hicieras una promesa mejor —dijo al fin—, pero ya que no tengo otra opción, me conformaré con esta. Quiero que me prometas que nunca nos olvidarás.

Y yo dije:

—Espere, no lo entiendo, probablemente volveré. —Y hablé un buen rato sobre eso, sin parar, repitiendo cosas que ya había dicho. Mintiendo.

Al final, me cortó. Dijo que era libre de irme. Si quería despedirme de los demás, podía pasar ahí la noche.

—No, reverendo abad, me quiero ir ahora mismo.

Y después de eso, llamó al hermano Ignacio.

El hermano Ignacio me llevo hasta la verja de entrada. No dijo ni una palabra. Ni una. Pero cuando me di la vuelta para despedirme, estaba llorando. Desde entonces, ha habido momentos en los que he creído entender cómo se sintió.

Me quité el hábito y me puse la ropa que solía llevar puesta cuando me iba a casa por vacaciones: mi camiseta y mis vaqueros. Ya me quedaban pequeños, pero era lo único que tenía. Empecé a caminar por la carretera vestido así y con mi pequeña bolsa de viaje en al mano. Debería haber sabido enseguida que algo iba mal, pero no fue así. Ni siquiera cuando el granjero se acercó y me llevó en su carreta.

Era una vieja carreta tirada por un viejo caballo. Pensé que pasarían coches y camiones zumbando a nuestro lado, pero nada de eso. Pasado un tiempo me di cuenta de que la carretera tendría que ser de asfalto. No una carretera buena, con baches y todo eso, sino de asfalto.

Era solo de tierra. Durante un rato me asomé por la carreta para ver si había huellas de neumático, pero las únicas huellas que había eran de caballos y de carretas con ruedas como la nuestra: de madera con llantas de hierro.

Entonces hablé con el granjero. Se suponía que intentaba averiguar qué había ocurrido, pero hablé más yo de lo que escuché de él. Le conté muchas cosas sobre el monasterio e intenté que sonara tan real como fuese posible. Porque sentí, no sé por qué, que ya no estaría allí si volviera. Cuando atravesé la verja, me despedí del hermano Ignacio y caminé por la carretera, algo había terminado. Entonces no sabía lo que era, pero sabía que se había terminado y que no podría volver en mucho tiempo, o quizá nunca. Más

tarde en el *Santa Charita*, recé a Dios para que cambiara de opinión y me llevara de vuelta allí. Pero tan pronto como terminé de rezar, supe que no lo haría.

De todos modos, el granjero no hablaba demasiado, y cuando lo hacía, lo que me decía no me servía de mucho. «¿Camión? Ah sí. Una carreta grande con cuatro caballos. Se dirige a Matanzas y pagas por montarte.» «¿La Habana?» «Sí, una ciudad grande. Muy grande. Mucha gente.»

Pero cuando llegamos allí no lo era. Era un pueblo, y tampoco muy grande. Había un gran fuerte de piedra, todavía sin construir en algunas partes, y algunas iglesias también de piedra. Casi todo lo demás era de madera y bastante basto. Algunas calles estaban pavimentadas con rocas, pero la mayoría de ellas eran de tierra. Había mucha basura y excrementos de caballo. Cuando llegamos al mercado, ayudé al granjero a montar su puesto y nos despedimos.

Había puestos de refrigerios en el mercado y la comida olía de maravilla. Me dispuse a buscar nuestra casa con la esperanza de que mi padre estuviera allí, pensando en formas de entrar si no lo encontraba allí. Debía estar al este de la ciudad, pero cuando llegué allí, no la encontré. No había ni una casa, solo campos de maíz y de caña de azúcar. Estaba seguro de que me había equivocado, así que fui hacia el norte hasta la playa, luego hacia el sur, y así sucesivamente. Ya se lo puede imaginar.

Y seguía sin estar. Entonces decidí que, o había dos Habanas, o quizá la ciudad había cambiado de nombre y este pueblo lo había hecho suyo.

Para entonces ya estaba muerto de hambre. Volví al mercado y me paré en cada puesto para decirle al hombre o a la mujer que lo llevase que de buena gana haría algún trabajo si me daban algo de comer. Me dijeron que no en todos los puestos.

Al final tuve que robar una pequeña barra de pan cubano todavía caliente del horno. La cogí y corrí lo más rápido que pude, que era muy rápido incluso en esa época. Cuando llegué a un callejón con un buen escondite, me la comí. En mi vida había comido nada tan bueno como aquella pequeña barra de pan cubano. El pan cubano es como el italiano, pero más dulce, y para mí fue como si estuviera en el infierno y una barra de pan fresco hubiera caído del cielo y yo la hubiese cogido. En ese momento, debería haber pensado seriamente en la eucaristía, pero no lo hice.

En lo que sí pensé fue en el pecado. Sabía que estaba mal robar y que había robado el pan, pero había aprendido suficiente teología moral como para saber que el que una persona hambrienta robe comida se considera pecado venial. Ya había cometido unos cuantos pecados veniales, como mentirle al

abad, y de todas formas no creía que Dios fuese a mandarme al infierno por unos cuantos pecados de ese tipo. Esa noche dormí en mi escondite del callejón y no me gustó.

Al día siguiente las cosas no cambiaron mucho, excepto porque robé un pollo. Había una mujer en el mercado que asaba por encargo en un espetón unos pollos flacuchos que habrían hecho que mi profesor de inglés hiciera chistes sobre frailes. Sin que se enterara, la observé detenidamente mientras asaba uno. Una vez listo, la clienta que esperaba extendía un trapo sobre la mesa y la mujer ponía el pollo caliente encima. Contaba con poco tiempo, unos segundos, en los que nadie lo sujetaba. Entonces, la clienta lo envolvía con el trapo, lo ponía en la cesta y pagaba.

Así que esperé a la siguiente clienta para quitarle el pollo de la cesta mientras pagaba. Pero cuando vi que la cesta tenía tapa, supe que mi idea no iba a funcionar. Ella metería el pollo dentro de la cesta, cerraría la tapa y empezaría a gritar cuando le abriera la cesta. Lo que tendría que hacer en vez de eso sería coger el pollo tan pronto como lo pusiera encima del trapo.

Lo intenté, pero lo único que conseguí fue que la señora del puesto me diera porrazo con una vara que ni siquiera vi que tenía. Me dolió a rabiar, y como tenía miedo de que me cogieran, me fui corriendo de allí.

Me enfadé mucho, con ella por haberme pegado y conmigo mismo por no haber cogido el pollo. Supe que se iba a poner más difícil cuando lo volviera a intentar, así que esperé hasta que casi se puso el sol y algunos de los puestos estaban cerrando. Eso hizo más fácil que pudiera observarla desde la distancia, ya que no había tanta gente. Por un momento, tuve miedo de que ya no hubiera más pollos.

Finalmente llegó alguien, un hombre. Creo que tenía la intención de comérselo allí mismo, porque no llevaba cesta ni nada donde meterlo. La señora sacó un pollo de la caja de madera y se lo enseñó al señor. Él asintió, y la mujer le retorció el pescuezo y lo desplumó y limpió más rápido de lo que pueda imaginar.

Mientras se hacía, me fui acercando más, y se lo quité de las manos en cuanto lo sacó del espetón. Me dio otra vez con la vara y me dolió bastante, pero esta vez lo agarré con la mano que tenía libre antes de que volviera a darme, y se lo quité.

Ella pensó que le iba a pegar con él, pero no lo hice. Simplemente lo tiré y me fui corriendo con el pollo.

Quizá sabía tan bien como el pan. No lo sé. Lo único que recuerdo es el miedo que tenía a que me cogieran antes de terminarlo. Qué asustada

estaba también ella, aquella mujer gorda y bajita que se protegía con los brazos, temerosa de que fuera a golpearla en la cabeza con su propia vara. Cuando he pensado ahora en ella, es así como la he recordado.

Una vez lo hube comido todo y hube chupado los huesos, lo que no me llevó demasiado, encontré un sitio donde dormir que no estaba tan cerca del mercado y del muelle. Y mientras estaba allí tumbado, pensando en el pollo y en los golpes con la vara, me di cuenta de que si el hombre me hubiera cogido por detrás, habría sido el fin. Lo que pensé entonces fue que habría ido a la cárcel. Ahora creo que lo que habrían hecho habría sido atarme a un poste y darme una paliza de aúpa para luego echarme de allí a patadas. Así era como solían castigar a la gente entonces.

Después de eso empecé a pensar en el monasterio. Quizá por primera vez pensé de verdad en él. Lo tranquilo que era, y cómo casi todo el mundo allí se preocupaba por los demás. Echaba de menos mi celda, la capilla y el refectorio. También echaba de menos a algunos de mis profesores y al hermano Ignacio. Es curioso, pero lo que más echaba de menos era el trabajo que hacíamos él y yo fuera: a veces ayudaba a ordeñar las vacas, a arrear los cerdos y a quitar las malas hierbas. Cogía los huevos, los ponía en una cesta, como aquellas de las que esperaba robar, y se los llevaba al hermano Cocinero. (Su nombre era José, pero todos le llamaban hermano Cocinero.)

Entonces me puse a pensar de nuevo en las reglas y en qué significado habían tenido. No podías entrar en la celda de los demás, nunca, aunque las celdas no tenían puerta. Te decían cuándo darte un baño, tres novicios cada vez, y había un monje vigilando todo el tiempo, normalmente el hermano Fulgencio, que era mayor incluso que el abad.

Aquellas eran unas reglas en las que no había pensado en absoluto cuando era pequeño. Las había acatado sin problemas, de la misma forma que lo había hecho en el colegio de los EE. UU. Pero cuando me hice mayor y supe qué era ser gay, lo entendí. Creían que lo éramos, y no les importaba siempre y cuando no hiciéramos nada con ninguno de los chicos. Una vez que me di cuenta de lo que pasaba, empezó a fastidiarme muchísimo. No quería pasar el resto de mi vida pensando en chicas sabiendo que la gente de mi alrededor estaban pensando en chicos y en que yo también lo hacía.

Fue esto último lo que de verdad me molestó. Si no hubiera sido por eso, si hubiera habido una forma de demostrar que no era un *leccacazzi*, creo que me habría quedado.

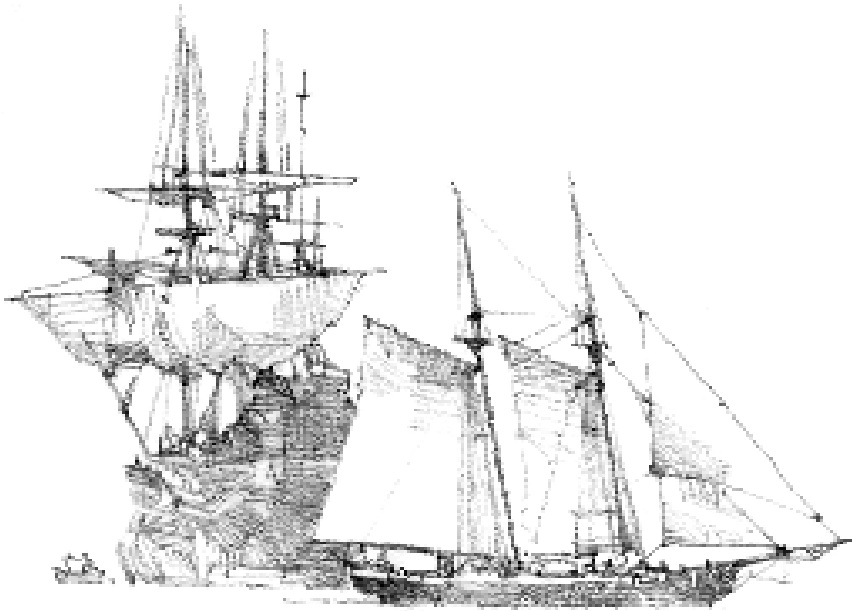
Eso me hizo pensar en cómo era la vida fuera. Me daba la impresión de que Nuestra Señora de Belén había sido algo bueno, una buena idea que

santo Domingo tuvo hace mil años: un lugar donde la gente que no quisiera enamorarse o casarse nunca, o que sintiese que no podía hacerlo, pudiera vivir una buena vida.

Pero también tuve la impresión de que el mundo fuera del monasterio debería ser casi lo mismo, aunque en él te enamorabas y tenías hijos: un lugar donde la gente se gustaba y se ayudaba, y donde todos podían hacer algo en lo que eran buenos.

Eso nunca cambió para mí. Cuando lea el resto de la historia no me va a creer, pero lo que cuento es verdad. Tenemos que hacerlo así, y la única forma de hacerlo es que cada uno decida hacerlo y cambie. Yo lo decidí esa noche, y si me he equivocado con bastante frecuencia, Dios sabe que siento profundamente cada error que he cometido.

A veces, también hay que decirlo, he tenido que equivocarme. Eso también hay que decirlo.



2

El *Santa Charita*

No le voy a contar mucho sobre los días posteriores. No son importantes, y de todas formas se mezclan en mi memoria. Pregunté a varias personas si había otra Habana, y todas me dijeron que no. Pregunté por mi padre y su casino, pero nadie había oído hablar de él. Caminé por todas las calles del pueblo y hablé con los curas de dos iglesias. Los dos me dijeron que volviera a Nuestra Señora de Belén. Yo no quería volver y no creía que pudiera aunque lo intentara. Ahora espero que las cosas sean diferentes, pero entonces estaba seguro de que no podría. Intenté buscar trabajo, y en ocasiones pude trabajar unas horas por un poco de dinero. La mayoría de las veces en el puerto.

Entonces, un señor oyó que estaba pidiendo trabajo y me dijo:

—Oye, muchacho, ¿tienes un lugar donde dormir?

Le dije que no.

—Bueno. Necesitas un sitio donde dormir y comida. Ven conmigo. Vas a trabajar, y duro, pero te daré de comer, una hamaca y un lugar donde colgarla, y cuando llegues a casa tendrás algo de dinero.

Así es como llegué al *Santa Charita*. Los marineros ingleses hablan de la firma de unos artículos y todo eso, pero yo en verdad no firmé nada. El oficial simplemente habló con el capitán y el capitán escribió mi nombre en su libro. Entonces el oficial me dijo que pusiera mi firma al lado, así que lo hice y eso fue todo. Creo que el nombre del oficial era Gómez, aunque como he conocido a mucha gente con ese nombre, puede que me equivoque. Lo llamábamos Señor. Era bajito y de hombros anchos, y la viruela había hecho que lo pasara muy mal de pequeño. Tardé dos o tres días en acostumbrarme a su aspecto.

Como había prometido, me pusieron una hamaca en el camarote de proa. La comida no era buena excepto cuando lo era, si sabe lo que quiero decir. Nunca había bebido vino antes, solo a veces un sorbo del vino sagrado en misa, así que no sabía si era malo o flojo. Habíamos estado cargando mercancía para Veracruz, en su mayoría cajas de cerdos y pollos vivos, y la cubierta era un completo caos. Limpiábamos un lado, luego el otro, y después otra vez desde el principio. Normalmente sacábamos agua del puerto con una bomba y la echábamos por una manguera. Y cuando no estábamos haciendo esto, bombeábamos el barco porque hacía aguas. Quizás haya en algún lugar barcos de madera que no hagan aguas, pero nunca he estado en ninguno.

Podías salir a tierra cuando no estabas de guardia. Yo lo hacía, como lo hacían los demás, pero no podría haberme emborrachado y haber ido de putas aunque hubiera querido. (Que no quise.) Los marineros españoles no estaban tan obsesionados con emborracharse como algunos que he conocido desde entonces, pero sí lo estaban con las mujeres. La noche en la que partíamos metieron en el barco a escondidas a una chica a la que alguien había dado una paliza y la escondieron. Cuando levamos el ancla y el piloto se disponía a sacarnos del puerto, el capitán y Señor la sacaron de la bodega y la arrojaron por la borda. Yo ya la había visto y no me había gustado que estuviera allí, pero nunca habría hecho eso. Fue lo primero que realmente me hizo comprender a qué clase de lugar había llegado.

El segundo incidente llegó tres o cuatro noches más tarde. Cuando terminó nuestra guardia y bajamos, dos de los hombres me agarraron y uno me quitó los vaqueros. Forcejeé (o al menos eso fue lo que creí hacer) y grité hasta quedarme afónico y alguien me golpeó en la cabeza. Ya sabe lo que pasó después. Yo también lo supe cuando me desperté. Lo único bueno fue que mis vaqueros estaban tan destrozados que necesitaba otros pantalones, y me enteré de que el contraestre te los podía dar. Se ocupaba del arcón de la mercancía. Lo que costaban, que era bastante, me lo descontó de mi paga. Mis nuevos pantalones de lona eran demasiado grandes, pero estaba

tan contento de deshacerme de aquellos pantalones tan ceñidos que no me importó.

Fue en ese momento más o menos cuando empecé a subirme a lo más alto para desplegar y recoger las velas. Vasco y Simón me dijeron que me iba a dar muchísimo miedo y que me ensuciaría los pantalones nuevos, pero yo les dije que sería mejor que tuvieran miedo ellos, ya que si me caía me agarraría a ellos y me los llevaría conmigo. Y lo decía en serio.

El tiempo estaba en calma y solo soplaban un poco de brisa. Tenías que ponerte en el marchapié y agarrarte con una mano, y no me daba nada de miedo. Además, las vistas eran espectaculares allí arriba. Hacía mi trabajo, pero siempre que podía echaba disimuladamente un vistazo. Estaba el hermoso mar azul y arriba el espectacular cielo del mismo color con un par de pequeñas nubes blancas, y pensé que la tierra era una hermosa mujer y que el cielo eran sus ojos, y también pensé en cómo el mar y el cielo seguirían allí cuando todos los que estábamos en el barco muriéramos y fuéramos olvidados. Me gustaba pensar eso, y todavía me gusta.

Cuando volvimos a la cubierta principal, esperaba que el capitán quisiera tomar rizos en la gavia, pero no quiso. Fue entonces cuando supe que por la noche se recogía todo el velamen y se ponía el barco al paio. (Y pensé que era así en todos los barcos.) De modo que seguramente tendría mi oportunidad antes de que acabara nuestra guardia.

Aquí tendría que decir que nosotros éramos la guardia de estribor, que era la que dirigía Señor y la que hacía casi todo el trabajo. También había una guardia de babor que era mucho más pequeña. Los de esta guardia podían dormir en cubierta si no tenían nada que hacer, y a veces jugaban a los dados. Nuestro barco era un bergantín, que tenía dos mástiles del mismo tamaño y el aparejo de cruz. No es que sea importante, pero por aquel entonces yo era el hombre del trinquete.

Mientras os pongo al corriente, dejadme deciros que en esa época sabía mucho más vocabulario marino en español que en inglés, aunque todos los otros marineros sabían mucho más que yo. Tampoco me decían lo que querían decir. Solo me decían que era un peine para alisar el mar, o un consolador para una ballena, o cualquier cosa. Tenía que averiguarlo por mí mismo y se reían de mí aunque me equivocara por poco.

Otra cosa que no sabía en aquel entonces era que nuestro manejable bergantín era uno de los tipos de barco que más les gustan a los piratas. Los otros son las balandras de Bermuda y las balandras de Jamaica. Ambas son más grandes que la mayoría de las balandras, y mucho más rápidas. Los cascos se parecen bastante y la diferencia está en el aparejo. Cada uno tiene su propio gusto, pero a mí siempre me gustó el aparejo de tipo Bermuda.

Cuando el sol se fundió con en el horizonte, subimos otra vez y recogimos las velas, primero la mayor y después la gavia. Empezaban a verse estrellas en el cielo y el viento se levantó un poco, y recuerdo haber pensado que los marineros eran las personas con más suerte del mundo.

Pronto bajamos a cubierta, nos dejaron marcharnos y nos fuimos abajo. Y me atacaron de nuevo. Esta vez no me pillaron totalmente desprevenido y peleé. Bueno, en cualquier caso lo habría llamado pelear si me hubieran preguntado. Me golpearon y patearon hasta que me desmayé y consiguieron lo que querían. Entonces no sabía que sería la última vez.

No llamaría luchar a lo que hice aquella noche, ni tampoco dormir a lo que hice después. Unas veces estaba consciente, y otras veces no. Recé para que Dios me llevara de vuelta a Nuestra Señora de Belén. Vomité un par de veces, una de ellas en cubierta. Los que hacían la guardia de babor me hicieron limpiarlo, aunque me encontraba tan mal que me caí dos o tres veces mientras lo intentaba.

Al día siguiente el capitán vio lo mal que estaba (tenía los ojos hinchados, casi cerrados, y tenía que sujetarme todo el tiempo a algo si no quería caerme) y me puso en la guardia de babor. No quiso averiguar quién me había pegado, ni siquiera me pidió que se lo dijera. (Creo que se lo habría dicho.) Solo me dijo que estaría en babor hasta nuevo aviso y me mandó abajo. Eso significaba que los de mi antigua guardia tendrían que hacer el mismo trabajo con un hombre menos, así que ese fue su castigo. Cuando el sol se estaba poniendo y empezó nuestra guardia, decidí que tan pronto como me encontrara mejor, recibirían también mi propio castigo.

(Lo que me pasó ayer por la tarde hace que todo esto me venga a la memoria. Les dije a cuatro de nuestros chicos del centro juvenil que se callaran y me esperaron hasta que salí a las diez. Todos ellos eran bastante altos y fuertes. También se creían duros. Se estorbaban entre ellos, y como estaba solo, cada patada y puñetazo realizaba su cometido. Finalmente me tiraron al suelo y me dejaron sin respiración. Me patearon un par de veces más y se largaron, prácticamente cargando con Miguel. Los alcancé a unas tres o cuatro manzanas.)

La guardia de babor era fácil, y menos mal, porque todavía tosía un poco de sangre de vez en cuando. Descansaba y dormía cuando podía, y cuando acabábamos la guardia me quedaba despierto y en silencio en mi hamaca la mayor parte del tiempo. Era agradable, un suave balanceo como el de una cuna, y empecé a pensar que mataría a todos los que estaban a bordo para así tener todo el barco para mí sin nadie que me pudiera hacer lo que ya me habían hecho. Sabía que realmente no lo haría y que de todas formas no

podría manejar el barco yo solo. Pero era agradable pensar en ello, y así lo hice. Más tarde, aquello me ayudó a entender a Jaime.

Una de las labores que desempeñaba en la guardia de babor era la de la vigía. Era lo mismo que en la guardia de estribor, pero allí nunca había tenido oportunidad de hacerlo. Después de haber estado en la guardia de babor durante un par de días y de que mis ojos ya no estuvieran tan hinchados, me asignaron ese puesto. Tenía que subir por el trinquete y permanecer sobre la verga, agarrándome al tope. Era un trabajo que nadie quería, porque tenías que estar de pie o en cuclillas durante horas y el balanceo era peor en lo alto del mástil.

Me encantaba. Una de las mejores cosas de mi vida ha sido que de vez en cuando he disfrutado de algo que todo el mundo odiaba, y aquella fue una de esas cosas. En primer lugar, allí estaba totalmente solo, sin nadie que me fastidiara. Otra ventaja era que podía mirar hacia cielo y hacia el horizonte tanto como quisiera. Eso era lo que se suponía que tenía que hacer. El mar no estaba picado, solo había un ligero oleaje y un millón de estrellas que me miraban desde arriba. Vi al Ángel de la Muerte una vez. (Quizá se lo cuente más tarde.) Su túnica es negra, como dicen. Pero está tachonada con estrellas de verdad, y cuando lo vi, supe que morir no es realmente tan malo como todos creen. Todavía no me quiero morir, pero en aquel momento supe que si me moría, no sería lo peor que me había pasado, y que después de aquello no tendría que preocuparme nunca más.

Uno de los cerdos había muerto ese día, así que tuvimos cerdo asado de cena. Siempre que moría uno de los animales, nos lo comíamos. Hacía calor en donde estábamos, como en Cuba, así que nos lo comimos tan pronto como pudimos. Probablemente nos lo habríamos comido rápido de todas formas. El capitán y el oficial se llevaron la mejor parte, y los demás el resto. No creo que comiéramos las tripas, pero sé que nos comimos el estómago y la cabeza. Y el corazón, y el hígado, y todo eso. Y gritábamos que queríamos más, y maldecíamos al cocinero por no dárnoslo.

Así que tenía un poco de sueño allí arriba, pero por supuesto no podía dormir, y si lo hubiera hecho, me habría caído. Cerraba los ojos un minuto, sentía como me empezaba a ir, me agarraba y despertaba. A la tercera o cuarta vez vi algo hacia estribor cuando desperté. No había luna esa noche, pero creí haber visto algo blanco sobre la mole negra y una línea oscura vertical que podría haber sido un mástil. Grité a los de abajo y les dije que había un barco sin luces, y el resto de los de la guardia despertaron al oficial.

Esperaba verlo enfadado, y puede que lo estuviese. Preguntó dónde estaba, y cuando se lo dije me hizo ocho o diez preguntas que no supe contestar. Al final bajaron un bote y fueron a inspeccionar. Había pasado

bastante tiempo cuando regresaron y no me contaron nada, ni siquiera cuando se acabó la guardia. Todavía me encontraba mal y estaba bastante cansado, así que colgué la hamaca y me acosté.

Muy pronto, me despertó el estruendo de nuestros cañones. Me levanté y subí a cubierta para ver qué estaba pasando. Soplaba un poco de brisa, y puede que fuéramos a dos nudos. El capitán tenía a todos los de la guardia de estribor haciendo como que cargaban los cañones para luego soltarlos de verdad. Aquello era lo que había causado el ruido. Una vez fuera, fingían dispararlos, los metían dentro (más ruido) y repetían los mismos pasos una y otra vez: el lampazo mojado, la carga de pólvora imaginaria, la bala de cañón imaginaria, soltar cañones y aplicar la cuerda mecha al oído del cañón.

Montamos cinco cañones por banda. Eran pequeños (luego me enteré de que eran cañones de cuatro libras), pero nunca les había prestado mucha atención, y tampoco había visto aplicar la cuerda mecha, así que me pareció muy interesante.

Al cabo de un rato, sacaron el bote con una caja grande vacía. Flotaba muy bien cuando la tiraron al mar, con una esquina hacia arriba y puede que dos tercios bajo el agua. Entonces cargaron de verdad todos los cañones, uno por uno, la cuerda mecha se encendió con fuego de la cocina y cada artillero del lado de estribor disparó a la caja.

Lo observé todo a sabiendas de que, de todas formas, no iba a poder dormir, y cuando salió de nuevo el bote con un barril vacío para que los cañones de babor le dispararan, yo era uno de los que remaban.



3

Veracruz

Me llevó más tiempo del debido relacionar el barco negro con los cañones, pero finalmente lo hice. Estaba en el aire, si sabe lo que quiero decir. Oía hablar a la gente, y todo eso. Todos los de aquel barco habían muerto y su barco iba a la deriva. Quizá España estuviese de nuevo en guerra con Inglaterra. Quizá no. Nadie lo sabía, pero en Veracruz puede que sí.

Significa «cruz verdadera», probablemente ya lo sepa. Era más grande y salvaje de lo que esperaba. Una vez que descargamos toda la mercancía, el capitán nos dejó salir del barco si queríamos. Nuestro barco estaba amarrado al muelle y el oficial se quedó a bordo con un par de hombres. Todos nosotros tuvimos que prometer antes de poner el pie en la pasarela que estaríamos de vuelta esa noche. Todos excepto yo querían ir a las cantinas, contar chistes y mentiras, pellizcar a las chicas y echar una canita al aire. Yo quería salir para no tener que ver sus feos caras, para estirar las piernas y ver la ciudad.

Y tengo que decir que había mucho que ver. Estaban construyendo un fuerte para defender el puerto, además de tres iglesias: las cuatro cosas al mismo tiempo. Era alrededor del mediodía y hacía bastante calor para cuando terminamos de descargar el *Santa Charita* y casi todo el mundo se estaba echando la siesta. Sin embargo, las grandes piedras seguían moviéndose: las levantaban una tras otra, las giraban con cuidado y las ponían sobre el mortero para luego moverlas con una palanca hasta que quedaban perfectamente alineadas. Se hacía lentamente, desde luego. Aunque estas cosas siempre se hacían así.

Aquellas piedras seguían moviéndose porque los esclavos hacían el trabajo y eran azotados si se detenían. De alguna manera no era muy distinto a como trabajábamos los marineros. Nos pegaban, normalmente con una cuerda a la que hacían un nudo en un extremo si no trabajábamos, y duro. Y por aquel entonces ya sabía que también nos podían azotar si hacíamos algo realmente grave. La diferencia residía en las caras y en las miradas.

Nos habíamos embarcado porque queríamos trabajar y nos pagarían cuando el barco volviera a España. En ese momento, en Veracruz, podíamos hacer lo que quisiéramos, incluso irnos, ya que no había nadie que pudiera impedirlo. (Pensaba mucho en eso en aquel entonces.) A los esclavos no les iban a pagar, ni siquiera les iban a dar suficiente comida. Estaban encadenados unos a otros en grupos porque todo el mundo sabía que se escaparían en cuanto tuvieran la oportunidad de hacerlo. Los guardias estaban sentados a la sombra con los mosquetes sobre el regazo, bostezaban e intentaban rascarse por debajo de la armadura y de vez en cuando uno le decía algo a otro. Pero no dormían. Eran soldados, me enteré después, y además de sus mosquetes llevaban las espadas largas y rectas que los soldados llaman «bilbos». Los capataces de los esclavos eran civiles, hombres que sabían (o que se suponía que sabían) cómo se tenían que construir las paredes de piedra.

Los esclavos eran en su mayoría indios, o, como se les llama en inglés, nativos americanos. El resto eran negros. Quiero llamarles afroamericanos, aunque más tarde en una de las iglesias intenté hablar con uno de ellos y no sabía nada de inglés ni tampoco mucho español.

Primero fui al fuerte, porque lo había visto cuando estábamos descargando. Más tarde a las iglesias. Había ido también al mercado a ver si podía robar algo para comer. Déjeme que sea sincero en cuanto a eso. Poco después vi a un hombre que descargaba una carreta y lo ayudé, y cuando terminamos le pregunté si me podía dar uno de los mangos que

habíamos descargado, y me dijo que sí. Así que caminé un poco más mientras lo pelaba y me lo comía, preguntándome dónde demonios estaba y qué me había pasado. Y una de las iglesias estaba justo allí, al lado del mercado, así que me senté a la sombra a ver cómo los esclavos terminaban el campanario.

Entonces, salió un cura con agua para ellos. Tenía cuarenta o cincuenta años y era bastante gordo, pero con el calor que hacía fue hacia donde estaban, dejó que bebieran de su jarra hasta que se acabó el agua y habló un poco con ellos. Tenía un crucifijo de madera que era bastante grande. Lo señalaba y hablaba. Entonces, volvió a la iglesia. Al poco rato salió con más agua.

Sudaba muchísimo, así que una vez que entendí lo que estaba haciendo, lo seguí adentro. Lo encontré en el patio, sentado a la sombra y dándose aire con su gran sombrero:

—Padre —le dije—, ¿por qué no descansa un rato y deja que lo ayude?

—¿Harías eso, hijo? Sería un gesto noble de caridad.

Le dije que claro que lo haría y que era marinero, y le dije también el nombre de mi barco. Después de eso, me enseñó a enganchar la jarra a la cuerda del pozo. No se podía soltar demasiada cuerda, porque si no la jarra flotaría, se desengancharía y le entraría demasiada agua dentro.

Cuando salí con la jarra vi un trozo de cuerda, así que tiré de una hebra y me lo metí en el bolsillo. Después, subí por el andamio hasta donde estaban los esclavos que colocaban las piedras. Dejé que bebieran hasta vaciar la jarra, hablé un poco con ellos y volví adentro. Cuando estaba en el pozo, el cura quiso saber qué estaba haciendo y le mostré cómo podía cerrar el gancho con un par de nudos en el extremo. Agitó el gancho para ver si se soltaba la jarra, y por supuesto, no se soltó. Así que la bajamos y la subimos cuando se llenó.

—Hijo mío —dijo—, eres un ángel de Dios, pero no debí dejar que hicieras mi trabajo ni una sola vez. Es mi deber llevar la sabiduría de Cristo a esas pobres almas.

—Bueno, yo también intenté hacer eso, padre. Sé que probablemente no sea tan bueno como usted, pero les dije que Dios los quería tanto que había enviado a Jesús para que pudiera ser su amigo de nuevo.

Después de eso nos sentamos a la sombra y hablamos un rato. Entonces sacó de nuevo la jarra. Cuando volvió, cerró el gancho de la misma forma que los había hecho yo. Le llevó más tiempo, pero al final lo logró. Mientras la llenaba, nos sentamos y hablamos un poco más. Le dije que los esclavos deberían ser libres, que nadie debería ser un esclavo.

—Estoy de acuerdo, hijo mío. Pero, ¿qué beneficio sacarían ellos de su libertad si no conocieran a Dios? No salvarían sus almas porque no podrían.

—Quizá podrían encontrar a Dios mejor si fueran libres para buscarlo —sostuve yo—. Además, no tendrían que trabajar tan duro y podrían comer mejor.

—Desde luego, eso último sería verdad, hijo mío, si esclavizaran a otros como ellos han sido esclavizados. Los que son sus dueños son libres para buscar a Dios, diría yo. ¿Crees que lo han encontrado?

Me encogí de hombros.

—Contesta, hijo mío. ¿Lo crees?

Tuve que admitir que no lo parecía.

—¿Puedes liberar a sus esclavos, hijo mío?

Negué con la cabeza.

—Costaría un carro de reales, padre, y yo no tengo ni uno.

—Ni yo podría liberarlos, hijo mío. Pero puedo enseñar a los capataces y a los guardas, y los esclavos mismos, cómo debería actuar un cristiano con el prójimo.

Después de eso me habló de otra iglesia que estaba a unas calles. Me fui hacia allí a echar un vistazo. Hice lo que pude en ella y cuando volví al barco estaba bastante cansado.

Señor se había quedado a bordo con el contra maestre y Zavala, uno de los hombres mayores de la guardia de babor. Me hicieron acercarme a ellos y sentarme para que pudieran tomarme el pelo con las chicas y demás. Yo solamente sonreía, negaba con la cabeza y decía que nunca había conocido a una chica. Lo cual era verdad.

Cuando vieron que no podían hacerme enfadar, hablaron de otras cosas. Así fue como me enteré de que Veracruz era un puerto con tesoros. Un galeón vendría a llevarse el tesoro de vuelta a España y nosotros íbamos a esperarlo y a volver con él.

«Para recibir el favor de cincuenta cañones», fue como lo expresó, Señor. Quería saber más de la casa del tesoro y averiguar dónde estaba. Sabía que nadie me lo iba a decir si preguntaba, así que me quedé callado y escuché con atención.

Unos cuantos soldados más volvieron bastante borrachos. Señor los dejó dormir en cubierta o ir al castillo de proa, lo cual me pareció bien. Después de un rato, me eché en la cubierta y me dormí escuchándolos hablar.

El contra maestre me despertó enseguida. Recuerdo que no me sentía como si hubiera dormido mucho, y la luna había salido y estaba alta. El

capitán había vuelto, había más marineros sentados hablando, y Señor, el contra maestre, el viejo Zavala y yo íbamos a desembarcar para ir a buscar a tantos como pudiéramos.

Así que acabé yendo a todas las cantinas y hablando con unas cuantas chicas. Algunas eran muy agradables, pero otras eran lo peor que había. Y casi todas ellas me tomaban el pelo aun más que Señor y el contra maestre. «Vuelve solo y te enseñaremos cosas que nunca has visto.» «Siéntate conmigo y te enderezaré esa nariz torcida.» «¡Sí! Se erguirá orgullosa.» Y muchos comentarios más, algunos de ellos bastante sucios. El italiano es un idioma muy bueno para hablar sucio, pero a veces pienso que el español debe de ser el mejor del mundo. Aquellas chicas se lo pasaron muy bien tomándome el pelo, riéndose de mí y de cualquier cosa que decía, y se lo estaban pasando tan bien que les dije:

—¡Escuchadme! Me debéis una, todas vosotras, y un día de estos volveré a cobrármela.

Al día siguiente, el capitán me puso de nuevo en la guardia de estribor. Trabajamos hasta que apretó el calor: limpiamos el barco y cambiamos el aparejo, que se estaba gastando, y luego nos fuimos a tierra de nuevo. Esta vez sabía que la mayoría de los hombres que prometieron que volverían no lo decían en serio, y que no regresarían hasta que alguien fuera a buscarlos.

Lo cual no iba a volver a hacer. Al principio pensé simplemente en encontrar un sitio en tierra donde dormir, quizás en la iglesia en la que había conocido al cura. Entonces decidí que lo que tenía que hacer era volver al barco sin que Señor me viera. Si pudiera hacer eso, podría volver antes, colgar la hamaca en el castillo de proa como siempre lo hacía, y dormir. Eso sería mucho mejor que dormir en un escondite en un callejón cualquiera (lo había hecho con frecuencia antes de unirme a la tripulación), y no estaría faltando a mi palabra. No había prometido informar a Señor ni nada por el estilo. Solo que volvería al barco esa noche.

Aunque lo primero que hice fue entablar una conversación con alguien del mercado para averiguar dónde estaba la casa del tesoro. Resultó ser que estaba detrás de donde se estaba construyendo el fuerte. Había estado bastante cerca, sin saberlo, cuando había estado viendo como trabajaban los esclavos.

Fui allí a verla y me quedé por los alrededores mirándola. Poco después tuve un verdadero golpe de suerte. Llegaron mulas y soldados (debía de haber cientos de mulas), y las grandes puertas se abrieron. Aquellas mulas habían estado transportando barras de plata, cada una de ellas lo bastante pesada como para ser carga suficiente para un solo hombre, y vi que los soldados las descargaban y las llevaban dentro.

La casa del tesoro no era muy grande ni tampoco muy alta, ni siquiera tan alta como nuestra pequeña capilla del monasterio. Las paredes sí eran gruesas, las puertas eran grandes y pesadas y estaban revestidas de hierro, y su parte superior parecía la de un castillo, con aberturas entre las grandes piedras para que los soldados pudieran disparar por ellas. No estaba pensando en coger la plata ni nada por el estilo. Pero enseguida me di cuenta de que si alguien quisiese hacerlo, lo que tenía que hacer era cogerla mientras las transportaban las mulas.

Después de eso, volví al puerto para echarle un vistazo al *Santa Charita* antes de que se pusiera el sol. Allí tuve otro golpe de suerte. Un gran galeón estaba llegando a puerto y pude verlo todo. Era cinco veces más grande que nuestro barco, con cruces en todas las velas y mucha talla y dorado en la popa.

Amarró en un muelle diferente y allí me fui para verlo más de cerca y para poder ver quién se bajaba. Era un buen espectáculo: sonaban las trompetas y los soldados que escoltaban al capitán llevaban pantalones rojos y una brillante armadura. Me puse de pie de un salto y me llevé la mano a la frente como se supone que se debe hacer, y nadie me dijo ni una palabra.

Cuando volvía caminado al muelle, pude ver el lado de estribor del *Santa Charita* y entonces tuve una idea. Si pudiera conseguir algo que flotara y en lo que me pudiera subir, podría llegar al borde del escobén, darme impulso y entrar por él. Así llegaría a la cubierta superior, donde estaba el capitán, delante del trinquete y justo encima del castillo de proa. Señor y quienquiera que estuviese con él estarían en el combés vigilando la pasarela. Si me agachaba, podría observarles por el borde de la cubierta. Cuando estuvieran ocupados con otra cosa, me agarraría al borde de la cubierta y me metería dentro del castillo de proa. Lo único que tenía que hacer era esperar hasta que se hiciera de noche y pedir prestado un bote para poder subir. Encontré un lugar agradable y a la sombra para sentarme, y me dormí un par de horas.

Cuando me desperté me fui a buscar el tipo de bote que necesitaba: uno lo suficientemente pequeño como para que lo pudiera manejar yo solo, pero lo suficientemente grande como para poder ponerme de pie sin que volcara. Por supuesto, tenía que ser un bote que no estuviera vigilando nadie. Una vez que llegara al escobén, lo dejaría ir. El dueño podría encontrarlo sin demasiada dificultad, a menos que la marea lo llevara mar adentro. Aun así, sabía que lo que iba a hacer no le gustaría.

Era algo bastante difícil, y apenas había empezado a rondar en la noche cálida y oscura cuando vi un bote en el puerto con dos hombres remando y otro en la popa que parecía que también buscaba algo. Pensé que probablemente serían soldados o vigilantes nocturnos o algo así, y entonces, cuando me pareció que miraban hacia donde yo estaba, me puse a caminar a lo largo del puerto como si nada me preocupara. Hacia el final de uno de los muelles, pisé algo redondo, quizás el palo de un bote, que rodó bajo mis pies. Casi me caí al agua, y grité en inglés: «¡Mierda!».

En cuanto dije eso, el hombre que estaba en la parte de atrás del bote pegó un grito:

—¡Eh! ¿Hablas inglés?

Tenía acento de Inglaterra y me fue difícil entender lo que decía, pero saludé y grite:

—¡Claro!

Los otros dos lo llevaron hacia donde estaba yo, y saltó al muelle. Soy más alto que la mayoría de la gente (mi padre me dijo una vez que fui planeado así), y era bastante más alto que él. Estaba demasiado oscuro como para ver bien, pero me dio la sensación de que tenía la cara cubierta de pelo, aunque no parecía que fuera mucho mayor que yo.

—Bueno, hemos tenido suerte. Llevamos horas intentando orientarnos. Ninguno de nosotros habla el idioma.

Alargó la mano.

—Mi nombre es Bram Burt. Fui guardiamarina en el *Lion* de su majestad y en la actualidad soy capitán del *Macérer*.

Fue un buen apretón de manos. Por la forma en que lo dijo, deduje que el nombre del barco era francés, pero no sabía qué significaba. Le dije mi nombre, le llamé señor y le expliqué que era un simple marinero del *Santa Charita*.

—Tienes algo de acento. ¿Eres español?

—Soy de Jersey, pero hablo español.

—Eso lo explica. Tienes que hablarlo, en un maldito barco español. *Parlez-vous français?*

Le dije, en francés, que hablaba un poco. Entonces intenté hablarle del monasterio.

—Para el carro. Demasiado rápido para mí. Aunque me serías muy útil. La mitad de mi maldita tripulación es francesa. Mira el viejo *Macérer* ahí parado. Fuera del fondeadero. ¿Se enfadarán si hacemos puerto esta noche?

Le expliqué que algunos de los cañones ya estaba en el fuerte, le dije que yo no lo intentaría y le mostré dónde podría encontrar al capitán de puerto por la mañana.

—¿Qué posibilidades tenemos de conseguir mercancía aquí? Lo vendí todo en Port Royal. Allí no había mercancía para nosotros, así que estamos buscando. ¿Ha tenido suerte el *Saint Charity*?

Me encogí de hombros.

—Dicen que cargaremos mañana, capitán, pero no se el qué.

—Interesante.

Estaba demasiado oscuro como para estar seguro, pero creí ver cómo me guiñaba el ojo.

—Doblonos de oro, escondidos en un sitio cómodo y acogedor. Metidos en barriles en los que pone «cerveza», ¿eh? Hemos oído que van a enviar el oro de vuelta al rey de España como si fuera arena.

Negué con la cabeza.

—Estoy seguro de que no es eso, señor.

—¿Por ese gran muchacho?

Señaló al galeón.

—Sí, señor, el *Santa Lucía*. Ahí llevarán el tesoro.

Después de eso me preguntó a qué tesoro me refería, y le conté lo de la casa del tesoro y que había visto cómo descargaban unas mulas allí. Me ofrecí a llevarle y me dio las gracias.

—Interesante, por supuesto que iré, pero ahora mi deber está en mi barco. Tengo que volver. Puede que vaya a visitar lugares de interés mañana.

—En ese caso, ¿me podría llevar al *Santa Charita*? No tendrá que desviarse mucho de su trayecto, y me gustaría subir al barco sin ser visto.

Se rió y me dio palmadas en el hombro.

—Te has escabullido, ¿verdad? Yo he hecho lo mismo una o dos veces. Una vez me quedé subido en lo alto del mástil.

Salté a su bote desde el muelle y me senté en la proa como me indicó. Nos pusimos al lado del escobén del *Santa Charita*, susurró a los que remaban que dejaran los remos en su sitio y que se fueran a popa con él. Eso subió la proa alrededor de medio metro, y no fue muy difícil subir al escobén y meterme en el castillo de proa como había planeado. Al día siguiente busqué el *Macérrer* por el puerto, pero no lo encontré, y cuando empecé a estibar la mercancía pronto me olvidé de él y del capitán Burt.

Era una mezcla de todo. Había grandes fardos de cuero, cajas y cajas de fruta seca y cajas de madera con utensilios de cocina de terracota. También había loros en jaulas, una inversión privada de Señor. Había que sacarlos de la bodega cuando hiciera buen tiempo, ponerlos en la cubierta superior y volverlos a llevar a la bodega por la noche para que no cogieran frío.

El resto de la tripulación los odiaba por el trabajo extra que suponían y por el ruido y la suciedad que causaban. Yo pensaba que eran graciosos, e hice lo posible para hacerme amigo de ellos: les hablaba, les rascaba el cuello, limpiaba sus jaulas, y en general cuidaba de ellos.

Eso me acercó más a Señor, y pronto arrojó su recompensa. Solía salir todos los días al mediodía y establecía la posición del sol con el astrolabio, comprobaba el cuaderno de bitácora como lo hacía el capitán y calculaba nuestra posición. Entonces él y el capitán comparaban los resultados y repasaban los cálculos si estos eran muy diferentes. Cuando estábamos atravesando el Paso de los Vientos empecé a hacerle preguntas.

Había estado cuidando de sus pájaros y hablando con él de ellos, y así nos habíamos hecho bastante amigos. Para mí todavía era Señor, y me llevaba la mano a la frente y todo eso. Pero le había demostrado que se podía relajar conmigo y que aun así podía levantarme de un salto cuando me daba una orden. Por todo esto contestaba a mis preguntas, cuando no eran demasiadas, y me enseñó a usar el astrolabio. Esencialmente, lo que estaba haciendo era medir el ángulo del sol a mediodía. Una vez que sabes eso y la fecha, sabes la latitud. Cuando más al norte estás, más al sur sale el sol y más bajo está al mediodía en invierno. Si sabes la fecha, la tabla te da la latitud. Algunas estrellas pueden ser usadas del mismo modo.

Existen muchos problemas con este sistema, como pude ver. En primer lugar, es difícil conseguir una buena medición a menos que dé la casualidad de que estás sobre una roca. Cuando el mar está en calma, tomas tres mediciones y calculas la media. Cuando está picado, ya puedes olvidarte.

Y eso no es todo. Cuando hace mal tiempo y no se puede ver el sol, no se puede medir. Y además, tu brújula está apuntando al norte magnético, no al real. También hay tablas para la desviación de la brújula, pero tienes que saber tu posición para usarlas. Así que lo que solía hacer (estoy yendo demasiado deprisa otra vez) era comprobar la orientación magnética con la estrella polar. Si esto empieza a sonar complicado, ya verá más adelante. Solo le he dado los puntos relevantes.

Una vez has averiguado tu latitud, todavía necesitas saber tu longitud, y lo único que podemos hacer nosotros es medir nuestra velocidad con la barquilla y registrarla en el cuaderno cada hora. La barquilla tiene un cabo con nudos para medir la velocidad. La arrojas detrás del barco, miras el pequeño reloj de arena y cuentas los nudos.

Por supuesto, todo cambia cuando la tierra está cerca. Te orientas con los objetos de la carta de navegación, que te da tu posición siempre y cuando la carta sea correcta y no hayas elegido mal la isla, la montaña, o lo que sea.

Para cuando hube aprendido la mitad de todo esto, ya estábamos muy, muy lejos de Veracruz. Así que... ¡buenas noches!